

Labios de libertad

María Alejandra Muñoz Ordoñez

Estudiante de Profesionales no Licenciados

Segundo puesto

Así fue su vez primera. Al verlo lo sintió, le preguntó y anidó su labor, abatió su pensar y dijo: ¿es lo que dice su verdad?, ¿serán esos labios de libertad? Lo creyó la hoja caída, el rostro politeísta y uno más del gentilicio abominado. Sabía ostentosamente que el no verlo era una ausencia que no resistiría.

Ahondaba en ella un pensamiento angustiador pero encantador que volteaba el tránsito de sus emociones, en cambio y casi igual, de afuera, la podredumbre, quiso apagar el fuego de sus venas, debió ser por la presión vergonzosa que invadía aliguito de su agonía; ese era el sentir que anidaba ella.

Otro día en la tarde salió de allá, la vio, le preguntó y le respondió con la sombra de la pena. En los otros días el tiempo se detuvo, la bohemia, la que no había rozado se estaba volviendo ficta.

Se levantaba un juego al que bruscamente ella temía.

Sabía que iría o hablaría y ella, aquella muchacha de rostro abierto y de mirada profunda, contestaría a su repentina dulzura y confundida por tal permiso, soportaría su cercanía.

Él era el manifiesto del desistimiento, que interrumpía con cierto sentimiento la consternación de dolor y humillación, colocaba en presión el aire, tomaba de ella un breve delirio y allí frente a su cara regalaba un gesto enrojecido.

Arrebató su alma, trascendió la nostalgia y una vez más, al sonar la voz de lloro, fue requerido por su presencia, logrando en ella un poco de equilibrio.

En ese tiempo, una angustia de su lecho, esos carcomidos descontentos que turban la dureza y humectan las lágrimas, que hacen de la máquina del silencio un motor sonoro, ¿hasta cuándo?, ¿no habrá memoria; por aquí pasó y con fuerza pretendía estar a su lado y pensó con profunda inocencia como soñador de la calle, que él volvería a consolar su alma abatida.

Volvió y al verlo, con furor escapó, había mirado un león que despedaza, unas manos de iniquidad, una mirada turbia, avergonzada y angustiada, que obraba un pago pacífico. Consumida de ira, ahondada a la luz de la mentira, despertó en un estado de olvido de un tal y recién aparejado impío.

Al escuchar el clamor de esperanza, descubrió que ya nada quedaba y lentamente calló ante los ojos que no ven.

Procura recorrer la dulzura del saber, pero esto no había sido la tacha para apreciar el extraño, intrigante y ligero momento que había atraído en sí.

¿Había aparentado? o ¿solo ceñía el tesoro del género humano?, es un conjunto de preguntas de lo más extrañas que ciertamente todavía la siguen.

A veces aparece revoloteando en la locura, y su naturaleza, con fuerza, con toda apariencia y decepción, ordena terminablemente la nueva ilusión.

Y algo inevitable era la constante habilidad del temor por perseguirla y atraparla.

En la exploración de montañas de realismo confuso, de seca simpatía y de infierno a dentro, contó cautelosamente una experiencia efímera, de oído sordo y cuerdo al juego del mundo, que cambió la diversión por un amor eterno, que no fue tan eterno.

No fue necia a esa cosa infame y agradable a la que muchos llaman imprudencia, a eso que los necios divulgan con insolvente desprecio.

Nuevamente quiso enderezar y refugiarse en la temprana voracidad de su son, de la música desordenada, de enloquecido estruendo, de ese que viene de adentro y por el que nadie se agita, y apagar lo que aborrece su mente, e ir al final, al menosprecio del hombre audaz.

Sabe que él sigue su camino y con tal tiempo, como ha venido pasando, ha llegado escuetamente una exuberante libertad y dando gracias a la no utilización de su trascendencia encantadora, no pretende socavar un acercamiento.

Pareciera haber terminado el horripilante sueño, que había hecho en ella algo así como el tropezón del amor ¿amor?

Así fue su historia: nació, creció, se desarrolló y desapareció, pero no el desaparecer del cariño fantasmagórico, sino el desaparecer personalísimo, esa física desaparición.

No niega que en un principio fue insoportable su ausencia, llegando a desagradarle ese desacaparado desinterés, pero fue un canto bello, desprevenido, audaz y repugnante que hizo burbujear la presunción del olvido.

Solo quedan rastros saqueados a la fuerza, que, en instantes y con arrepentimiento, tocan desenmarañadamente cómo se impulsó y hasta se dedicó con intensidad a aquel vuestro camino.

Camina y mira, se da cuenta que en verdad se desplomó, ríe y vuelve a la constante somnolencia turbia y atolondrada.

Se alegra por un segundo de la prudente distancia y la expresión lejana, la aterroriza haber sido atacada por la espalda.

Al ser ignorada, maraña temida, sin problema, hollada de conquistadores, vela satisfacción, de la que se dice pretender después de un agitado sufrimiento, la que proporcionó el gozo de su persona.

Aquella espalda enfundada en una camisa de color ramita con terrón y aquellos modestos recuerdos abandonaron la claridad incandescente, de allí que, en adelante, ría a medio pretexto por el lego del primer día después del amor.

Horizontes *Literario*